

ANTONIO MACHADO Y EL «SUEÑO DE DIOS»

Posted at: <http://www.armandfbaker.com/publications.html>

PHILOLOGICA HISPANIENSIA
IN HONOREM MANUEL ALVAR
IV - LITERATURA
Madrid: Gredos

No cabe duda de que Antonio Machado siempre tiene una honda preocupación religiosa que a veces se manifiesta, en las palabras de José Luis Aranguren, como “un fluctuar entre escepticismo e inconcreta creencia, entre desesperanza y esperanza”¹. Es cierto que se han observado en su obra estas fluctuaciones, o estas dudas religiosas, pero lo difícil es determinar cómo las resuelve el poeta. ¿Qué es lo que triunfa, en fin: el escepticismo o la creencia, la desesperanza o la esperanza? A pesar de que, para Machado, la situación era problemática y difícil, muchos críticos la ha resuelto muy fácilmente, al decidirse en favor del escepticismo y de la desesperanza.

Me pregunto, no obstante, si la falta de fe que estos escritores atribuyen al poeta verdaderamente es de él, o si es una proyección de los mismos críticos. Porque también hay los que creen lo contrario. José Machado, el que conocía muy bien la actitud religiosa de su hermano, vio estas fluctuaciones religiosas de un modo diferente, al afirmar que “en este constante ir y venir suyo, conseguirá el más alto don que Dios parece concederle: el no borrar de su corazón la palabra: esperanza...”². Años más tarde, la viuda de José Machado, que vivió con el poeta durante la última parte de su vida, concuerda con las palabras de su marido cuando declara que el poeta “no practicaba la religión, pero sí fue un hombre de creencias religiosas... Su religión era personal, no la oficial”³. Luego, el amigo del poeta José Bergamín ha declarado: “Para mí, era Machado en su vida y en su obra, entera y verdaderamente, un hombre de fe”⁴. Y ¿qué habría dicho el mismo poeta a los que, con tanta seguridad, niegan su fe religiosa? No es posible saber con exactitud, pero cabe recordar aquí la afirmación de fe que Machado ha puesto en una carta a Unamuno: “Cuando reconozco que hay otro yo, que no soy yo

¹ Aranguren, José Luis: “Esperanza y desesperanza de Dios en la experiencia de la vida de Antonio Machado”, *Cuadernos hispanoamericanos*, 11-12, 1949, pág. 396.

² Machado, José: *Últimas soledades del poeta Antonio Machado (Recuerdos de su hermano José)*, Santiago de Chile, 1958, pág. 44.

³ Citado por Arturo del Vilar, en “Mi cuñado Antonio Machado: Charla con doña Matea Monedero, viuda de José Machado”, *Estafeta literario*, 469-570, 1975, pág. 25.

⁴ Estas palabras de José Bergamín están tomadas de su “Prólogo” al libro de José María González Ruiz: *La teología de Antonio Machado*, Barcelona y Madrid, 1975, pág. 11. Como indica el título de su libro, González Ruiz también es de los que creen en la fe religiosa del poeta.

mismo ni es obra mía, caigo en la cuenta de que Dios existe y de que debo creer en él como en un padre”⁵.

Típico ejemplo de la dicotomía de opiniones en cuanto a la fe de nuestro poeta es la actitud de los críticos hacia el poema LIX, “Anoche cuando dormía...”. Rodrigo A. Molina ha intentado demostrar que el poema LIX pertenece a la tradición del misticismo español⁶. Antonio Sánchez Barbudo, por otra parte, sostiene que el poema LIX es “bastante excepcional”, porque el espíritu místico contradice la actitud de escepticismo religioso que él cree haber descubierto en la obra del poeta⁷. En el presente estudio intento demostrar que los que niegan la fe de Machado no han entendido su verdadera actitud religiosa; y aunque no creo que el poema pertenezca exclusivamente a la tradición del misticismo español, espero establecer que no es excepcional, y que su contenido se relaciona estrechamente con lo que el poeta ha dicho en otras partes de su obra.

1. EL SUENO Y LA CONCIENCIA INTUITIVA

Sánchez Barbudo pertenece a grupo de los que ven en Machado un agnóstico o hasta un ateo que “no tuvo nunca fe”. Por tanto, cuando escribe sobre el aspecto místico del poema LIX, se ve en la necesidad de defenecer su interpretación antirreligiosa. “Se dirá—escribe—que nos empeñamos, otra vez, en negar su fe, en secar hasta ese *arroyico* de esperanza que pudiera haber en este poema. Pero la verdad es que yo me empeño, sobre todo, en ver claro; ver lo que hay, y nada más, dejando a un lado vaguedades, mentiras y gestos benévolos. Otros ven otra cosa, es cierto; pero muchos leen mal...”.

⁵ Machado, Antonio: *Obras: Poesía y Prosa*, 2.^a edición, Buenos Aires, 1973, página 1025. En adelante todas las citas estarán tomadas de esta edición de su obra.

⁶ Molina sostiene que, al escoger las imágenes—fontana, colmena, sol—Machado recordaba las palabras de Santa Teresa. Afirma que el “tríptico metafórico... recuerda las palabras sencillas de la autora del *Libro de las moradas* y es como una alegoría de las tres vías místicas, la vía purgativa, la iluminativa y la unitiva, que señalan los escritores místicos al explicar el camino que sigue el alma para unirse con Dios”; Molina, Rodrigo A.: *Variaciones sobre Antonio Machado: el hombre y su lenguaje*, Madrid, 1973, pág. 33. Estoy de acuerdo con Molina en cuanto a la importancia del espíritu místico en este poema. Sin embargo, ni la estructura del poema —hay cuatro estrofas— ni las imágenes principales corresponden exactamente a las tres etapas de la escala mística. Es cierto que estas imágenes aparecen en la obra de Santa Teresa; pero también aparecen en la obra de muchos otros escritores y, como advierte el mismo Molina (pág. 37), la imagen de las abejas tiene un sentido muy diferente en el poema de Machado. También veremos que Machado emplea estas mismas imágenes en otros poemas donde no hay misticismo, ni influencia de Santa Teresa. Puede ser que, al escoger alguna de estas imágenes, Machado recordara a la mística española, o la obra de otro místico como San Juan de la Cruz, pero al comparar este poema con el resto de la obra del poeta, será evidente que merece una interpretación más amplia y más universal.

⁷ Sánchez Barbudo, Antonio: *Los poemas de Antonio Machado*, Barcelona, 1960, pág. 115.

ANTONIO MACHADO Y EL “SUEÑO DE DIOS”

Sánchez Barbudo se ha fijado especialmente en los dos versos iniciales de cada estrofa, donde se repiten las palabras: “Anoche cuando dormía, soñé, ¡bendita ilusión!...” las cuales le han hecho insistir: “Pero no se olvide que *él nunca olvida* que ello fue sólo ‘ilusión’: todo fue soñado... Fue una revelación pero *en sueños*; revelación en la que él despertó, y –lamentándolo— no creía” (Sánchez Barbudo, *op. cit.*, pág. 117).

Conviene aclarar aquí que en la obra de Machado el acto de soñar puede representar dos cosas un poco distintas. Como se ha demostrado muchas veces, Machado emplea el sueño para expresar el concepto de la irrealidad del mundo conocido por los sentidos. En otras ocasiones, sin embargo, el acto de soñar es equivalente al empleo de la conciencia intuitiva, al pensar poético, que representa la única posibilidad de escapar los límites de nuestra conciencia racional. Esto es lo que el poeta quiere decir en el poema LXXXIX, cuando ensalza “el don preclaro de evocar los sueños” (OPP, pág. 130). Luego en el poema LXI, es “en sueños” donde el poeta ha visto “una verdad divina” (OPP, pág. 113), y en el poema LXXXVIII es “en sueños” donde oye la “música olvidada” de “unas pocas palabras verdaderas” (OPP, pág. 129). La experiencia soñada es una “ilusión”, porque la verdad divina no puede ser verificada lógicamente, pero la conciencia intuitiva a veces penetra el velo de los conceptos racionales para llegar a Dios. Por eso se trata de una ilusión “bendita”.

Rafael A. González ha hecho una observaciones muy significativas al expresar su interpretación del sueño de Dios en el poema LIX: “Dios invade todas sus galerías interiores cuando sueña, porque es durante el sueño cuando el alma medita con el universo. Como el hombre está hecho, según Shakespeare, de la misma materia de los sueños, es en ellos donde la realidad absoluta se hace presente y toma carne metafísica. Para Machado, poeta-filósofo, la realidad que es Dios no se puede aprehender con la razón, y por lo tanto hay que idearse otro método de conocerlo”⁸. Es evidente que González ha entendido muy bien el significado del sueño en la obra de Machado, pero me parece especialmente feliz la frase: “cuando el alma medita con el universo”, porque éste parece ser precisamente el “método” que el poeta ha empleado para conocer a Dios.

El que conoce bien las características de la conciencia no-racional, no puede menos de observar que, en muchas ocasiones, Machado se abstrae dentro de sí mismo y luego experimenta una alteración en el estado de su conciencia. No puede ser coincidencia que en el poema LX, inmediatamente después del poema en que habla del sueño de Dios, el poeta describe lo que pasa cuando se callan los pensamientos y entra en un estado de conciencia intuitiva:

¿Mi corazón se ha dormido?
Colmenares de mis sueños
¿ya no labráis? ¿Está seca
la noria del pensamiento,

⁸ González, Rafael A.: “Pensamiento filosófico de Antonio Machado, *La torre*, V. 18, 1957, págs. 114-115.

ARMAND F. BAKER

los cangilones vacíos,
girando, de sombra llenos?
No, mi corazón no duerme.
Está despierto, despierto.
Ni duerme ni sueña, mira
los claros ojos abiertos,
señas lejanas y escucha
a orillas del gran silencio (OPP, pág. 112).

Se ha pensado que el poema LX describe solamente un vago deseo de entender el misterio de la vida, pero también puede ser la descripción de algo más definitivo. ¿Cómo debemos entender la frase “escuchar a orillas del gran silencio” si no es una referencia al acto de meditar?⁹ El “gran silencio”, que no es silencioso, es el ser absoluto, la realidad espiritual, que no habla sino a los “oidos” del corazón. El hombre se queda en la orilla, porque en esta vida está confinado dentro de los límites del mundo sensible. Pero el que mira con los “claros ojos abiertos” de la conciencia intuitiva sabe que, más allá de estos límites, hay una realidad que los cinco sentidos no pueden verificar¹⁰.

Y ¿qué son estas “señas lejanas” que el poeta mira dentro de su corazón? No lo dice en el poema LX, pero parece referirse a esto en los dos poemas que siguen. Como he dicho ya, en el poema LXI, el poeta habla de una “verdad divina” que ha visto “en sueños”. Y en el poema LXII, se describe una especie de iluminación mística que bien puede haber ocurrido durante el acto de meditar:

⁹ Si en efecto se refiere al acto de meditar, cuando habla de escuchar en el silencio, esta idea aparentemente paradójica tiene una explicación lógica, porque el “silencio” es una metáfora para referirse a la “voz” de la conciencia intuitiva. Éste es un tema que aparece en varias ocasiones en la obra del poeta. Por ejemplo, en el poema XXI, el “silencio” le dice al poeta que su vida no terminará, que habrá otra vida después de la muerte. Y Juan de Mairena dice: “Sólo en el silencio, que es, como decía mi maestro, *el aspecto sonoro de la nada*, puede el poeta gozar plenamente del gran regalo que le hizo la divinidad, para que fuese cantor, descubridor de un mundo de armonías” (OPP, pág. 579). Todo esto no quiere decir que Machado sea practicante de una determinada disciplina meditadora; pero que conoce bien la experiencia de meditar lo confirman sus palabras en el “Prólogo” a *Campos de Castilla*, de 1917, cuando describe la dificultad de penetrar el “doble espejismo”—las apariencias exteriores, e interiores—que esconde la última realidad: “Un hombre atento a sí mismo y procurando auscultarse ahoga la única voz que podría escuchar: la suya; pero le aturden los ruidos extraños” (OPP, pág. 52). Como sabe cada persona que ha meditado, la experiencia no que ser forzada; el que *procura* escuchar voces en el silencio, no oyo nada. Pero el que logra aislarse del rumor de los sentidos —“los ruidos extraños”—y entra en un estado de pura conciencia, a veces experimenta, espontáneamente, ciertas sensaciones interiores—ve imágenes, oye voces, etc.—. Y estas imágenes y estas voces tienen su origen en la conciencia intuitiva—el “tú” con quien habla Machado a veces—que según la concepción panteísta es parte de la conciencia divina.

¹² En un artículo publicado por Francisco Vega Díaz, Machado afirma: “Soy un creyente en una realidad espiritual opuesta al mundo sensible”; “A propósito de unos documentos autobiográficos inéditos de Antonio Machado”, *Papeles de son Armadans*, LIV, 1960, pág. 70.

ANTONIO MACHADO Y EL “SUEÑO DE DIOS”

Desgarrada la nube: el arco iris
brillando ya en el cielo,
y en un fanal de lluvia
y sol el campo envuelto.
Desperté. ¿Quién enturbia
los mágicos cristales de mi sueño?
Mi corazón latía
atónito y disperso... (OPP, pág. 114).

La vida es sueño porque el hombre todo lo ve por el velo de los cinco sentidos. Pero a veces, cuando sueña, o cuando medita, el hombre despierta y el velo se rasga. Como una experiencia mística, la visión de luz dura sólo un instante, pero sus efectos son indelebles, puesto que el recuerdo de la realidad divina nunca desaparece de la conciencia del poeta.

No deja de tener importancia que Machado haya ordenado los poemas de esta manera¹¹. Todos, desde el LIX hasta el LXII, se relacionan con la búsqueda de la realidad divina. Y si hemos entendido bien lo que Machado quiere decir con ellos, el alma no solamente ha buscado esta realidad: cree haberla encontrado. Como el cristiano cuyas oraciones le ayudan a llegar al fin de la escala mística, o como el budista que medita hasta entrar en el éxtasis del nirvana, Machado ha escuchado “a orillas del gran silencio” hasta sentir la unión de su alma con la conciencia divina.

2. CUATRO IMÁGENES METAFÍSICAS

Después de establecer que el sueño de Dios representa para Machado una experiencia real, podemos seguir con el estudio del poema, “Anoche cuando dormía”. Cada estrofa contiene una imagen central: 1) la fontana, 2) las abejas, 3) el sol y 4) Dios. Veamos su importancia para el poema LIX, y para el resto de la obra de Machado.

La imagen del agua que brota se describe con frecuencia en la obra de Machado; aparece como fuente, fontana, manantial venero, hontanar, etc. En la poesía más temprana la fuente representa el tiempo que fluye eternamente. En la poesía de los años posteriores, ya no simboliza solamente el tiempo, sino el origen del tiempo y de la vida.¹²

¹¹ Sánchez Barbudo ha observado que el LIX es un poema tardío, porque no aparece por vez primera sino en la edición de Poesías Completas, de 1917. Intenta descubrir el motivo que Machado puede haber tenido por insertarlo en esta parte de su obra, y declara que no sabe por qué lo habrá hecho; *op. cit.*, pág. 119. Porque sigue creyendo que el poema LIX es “bastante excepcional”, Sánchez Barbudo no ve la importancia de este poema para el resto de la obra del poeta y, sobre todo, para la serie de poemas que acaba de discutirse.

¹² Para Juan Eduardo Cirlot la fuente es un símbolo universal que representa el “Centro o el Origen”, en su fase activa. Por eso, el agua que brota es un símbolo de la fuerza vital de todas las cosas; *Dictionary of Symbols*, New York, 1962, págs. 107-108. Véase también el estudio de Hugo W. Cowes: “El motivo de la fuente en la poesía de Antonio Machado”, *Sur*, 234, 1955, págs. 52-76.

ARMAND F. BAKER

La fuente es ahora el origen divino, la pura fuente de la vida cuya “agua viva y santa” constituye la eterna base del ser, como en el soneto dedicado a la memoria de Leonor:

Pero aunque fluya hacia la mar ignota,
es la vida también agua de fuente
que de claro venero, gota a gota,
o ruidoso penacho de torrente
bajo el azul, sobre la piedra brota,
y allí suena tu nombre ¡eternamente! (OPP, pág. 309).

Como todo pensador profundo, Machado se preocupa por el origen perdido, tal como indican los versos que siguen: “Como yo, cerca del mar, / río de barro salobre, / ¿sueñas con tu manantial?” (OPP, pág. 286). Y a veces, cuando medita o cuando piensa poéticamente, logra un estado de “conciencia integral”, cuando “no hay espejo; todo es fuente”; es entonces cuando percibe la armonía del “gran pleno” y siente la unión de todas las cosas en la fuente primordial:

Borra las formas del cero,
torna a ver,
brotando de su venero,
las vivas aguas del ser. (OPP, pág. 337)

Es en este contexto, pues, que se debe entender la imagen de la “fontanta” en la primera estrofa del poema LIX:

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Di: ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
de donde nunca bebí? (OPP, pág. 111)

Es evidente que Machado no habla de la “vía purgativa”, como en la primera etapa de la escala mística, sino de la fuente de la vida. El agua—la vida—llega por una “acequia escondida”, porque el hombre ha perdido la memoria de su origen en las aguas primordiales. La “nueva vida” puede representar las nuevas experiencias en esta vida, pero si nunca ha bebido de estas aguas, sugiere la idea de una vida completamente nueva. De este modo, la “nueva vida” puede ser una especie de regeneración espiritual que el poeta experimenta en el momento de recobrar la conciencia de su origen¹³.

¹³ En su estudio de la obra de Machado, P. Cerezo Galán identifica el agua de una fuente con el concepto de la renovación: “Al símbolo del manantial van también unidas las promesas del renacimiento y la consumación. Es, si se quiere, como un agua bautismal, que renueva la propia

ANTONIO MACHADO Y EL “SUEÑO DE DIOS”

La imagen de las abejas que se emplea en la segunda estrofa del poema LIX no es la que suele usarse en el misticismo español. Las abejas, normalmente, fabrican miel con las flores, pero las de Machado sacan miel y cera del antiguo sufrimiento:

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel. (OPP, pág. 111)

La imagen de las abejas se asocia con el dolor en otras poesías de Machado. Por ejemplo, en el poema LXI Machado vuelve a referirse al “eterno laborar” de las “doradas abejas de los sueños”; luego, menciona la relación con el sufrimiento que hemos visto en el poema LIX, al hablar de la tarea creadora de los poetas:

la nueva miel labramos
con los dolores viejos,
la veste blanca y pura
pacientemente hacemos. (OPP, pág. 114)

Y en el poema LXXXVI, Machado escribe de nuevo:

¡De cuántas flores amargas
he sacado blanca cera!
¡Oh, tiempo en que mis pesares
trabajaban como abejas!

La imagen de las abejas es especialmente interesante desde el punto de vista del simbolismo universal. Juan Eduardo Cirlot ha observado que en la literatura de Egipto y en la Biblia, las abejas se asocian a la industria y a la actividad creadora, a causa de la producción de la miel. En Grecia representan el trabajo y la obediencia y, según la enseñanza órfica, las abejas simbolizan las almas, porque aquéllas emigran de la colmena en enjambres, tal como las almas “se enjambran” de Dios. En el simbolismo cristiano de

sustancia de la vida, al ponerse en contacto con el origen en aquella luz primera que nos ha abierto los caminos del mundo”; *Palabra en el tiempo*, Madrid, 1975, págs. 92-93. Mircea Eliade afirma que el agua simboliza el conjunto de potencialidades—*fons et origo*—que precede a toda forma y a toda creación. Por eso, la inmersión en el agua significa una vuelta al estado preformal que produce una sensación de muerte y aniquilación; no obstante, esta sensación da lugar en seguida a una experiencia de regeneración, puesto que la inmersión intensifica la fuerza vital; *The Sacred and the Profane*, New York, 1959, pág., 130.

ARMAND F. BAKER

de la Edad Media, las abejas representan la diligencia y la elocuencia¹⁴.

Después de examinar los poemas citados anteriormente, es fácil ver que Machado emplea la imagen de las abejas de una manera muy semejante a la del simbolismo tradicional. Las abejas machadianas “laboran” con industria y diligencia. En el poema LXI y en otros donde se refiere a la tarea de los poetas, también es obvio que las abejas —o la colmena—representan la actividad creadora. Pero las abejas de Machado no sólo simbolizan la creación poética; en los tres poemas citados—el LIX, el LXI y el LXXXVI—el “laborar” de las abejas simboliza la actividad evolutiva del alma que se purifica por medio del sufrimiento. El producto simbólico de este sufrimiento es la “blanca cera” y la “dulce miel”. El color blanco representa el ideal de la pureza. La producción de la miel sugiere la idea de lograr algo valioso que es difícil de conseguir; el color de la miel y de las “doradas abejas” que la producen—el oro—simboliza la idea de la perfección espiritual¹⁵.

En la tercera estrofa del poema LIX la luz del sol representa una iluminación psíquica que el alma experimenta después de la purificación que se describe en la estrofa anterior:

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacia llorar. (OPP, pág. 111)

El hermano del poeta afirma que en estos versos se encuentra la “justa expresión de un sol verdadero que hubiese logrado iluminar las galerías del alma del Poeta” (José Machado, *op. cit.*, pág. 72). Muchas veces el sol simboliza el ser divino, pero también se asocia a la experiencia mística. Es el cuerpo astral de constancia inmutable y, por lo tanto, revela la realidad de las cosas; despidе luz y calor, y se relaciona con la purificación y con el sufrimiento, cuyo propósito es volver transparente la corteza opaca

¹⁴ Cirlot, *op. cit.*, págs. 22-23.

¹⁵ Aquí también es interesante ver la semejanza entre el pensamiento de Machado y el simbolismo universal. Cirlot observa que la miel es a veces un símbolo de la sabiduría adquirida por el sufrimiento y porque es el producto de un proceso misterioso llega, por analogía, a simbolizar la tarea de la purificación espiritual; *op. cit.*, pág. 143. En mi artículo: “Antonio Machado y las galerías del alma”, *Cuadernos hispanoamericanos*, 304-307, octubre-diciembre 1975 – enero 1976, págs. 647-678, estudio el tema de la reencarnación en la obra de Machado, y menciono la posible relación entre la idea de la purificación mediante el sufrimiento y la ley del karma. Según esta ley universal, que Machado conoce también, lo que hacemos en esta vida determina en gran parte lo que seremos en la vida futura. De esta forma, el alma se purifica en el sufrimiento—adquiere “buen karma”—y logra avanzar en el camino de su vuelta a Dios.

ANTONIO MACHADO Y EL “SUEÑO DE DIOS”

de los sentidos, para que éstos puedan percibir las verdades más altas¹⁶.

El tema de la iluminación mística aparece en otros poemas de Machado; ya lo hemos visto en el poema LXII, y se ve también en varios poemas de *Nuevas canciones* y *Del cancionero apócrifo*¹⁷. Sobre esta clase de experiencia en la vida del poeta, ha escrito su amigo José Bergamín: “Es como un ver visiones... Es videncia o evidencia iluminativa, y, por serlo, cegadora de la voluntad y la razón, heridas por su rayo revelador, como Pablo en el camino de Damasco... Es una experiencia viva de Dios como la de la verdad de la llama del fuego que nos ilumina y nos quema. De este modo nos dieron su testimonio poético Santa Catalina de Siena, Santa Teresa, San Juan de la Cruz... maestros místicos y teologales de nuestro Antonio Machado”¹⁸.

De este modo se prepara el momento de recibir la verdad más alta de todas, la experiencia de la presencia divina, que el poeta ha descrito en la última estrofa del poema LIX:

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón. (OPP, pág. 111).

Al comentar sobre estos versos, el hermano José declara que el poeta “siente ya en lo más íntimo de su corazón, la fusión de su alma con la del alma universal” (José Machado, *op.cit.*, pág. 72). Sin duda es ésta y otras experiencias semejantes que a Machado le han hecho decir en una entrevista: “Todos llevamos un poco de Dios en el corazón”¹⁹. Y por eso también Juan de Mairena define a Dios como “el padre de todos, cuya impronta, más o menos borrosa, llevamos todos en el alma” (OPP, pág. 435).

Para entender todo esto claramente, no obstante, hace falta tener en cuenta una cosa que muchos críticos han olvidado, al hablar de este poema y de otros donde el poeta describe la experiencia de Dios. Me refiero a la metafísica panteísta, que Machado presenta en el *Cancionero apócrifo*, según la que “es Dios definido como el ser absoluto”

¹⁶ Cirlot, *op. cit.*, pág. 305.

¹⁷ La descripción de una iluminación mística aparece en muchos poemas donde Machado se dirige a la amada. Véanse, por ejemplo, “El amor y la sierra” y el tercer soneto de “Los sueños dialogados” de *Nuevas canciones*; la tercera parte de “Canciones a Guiomar” y la primera parte de “Otras canciones a Guiomar” del *Cancionero apócrifo*. El poema LXII y los poemas de *Nuevas canciones* fueron escritos antes de 1928 cuando el poeta conoció a Pilar de Valderrama. Sea lo que sea la identidad de la mujer física, la amada poética de Antonio Machado, tal como la Beatriz de Dante, se presenta como símbolo de un estado de conciencia mística en el que ocurre una revelación divina. El poeta lo confirma, modestamente, con estos versos de *Campos de Castilla*: “Dante y yo—perdón señores—, / trocamos —perdón, Lucia—, / el amor en Teología” (OPP, pág. 217).

¹⁸ Del “Prólogo” al libro de José María González Ruiz, *op. cit.*, pág. 14.

¹⁹ Pla y Bentrán, P.: “Mi entrevista con Antonio Machado”, *Cuadernos americanos*, LXXIII, 1, 1954, pág. 237.

(OPP, pág. 336) y está presente o inmanente, en todo lo que existe. José Luis Abellán ayuda a aclarar este punto con su definición de Dios en la obra de Machado: “No olvidemos que este Dios de Machado no es el de la ortodoxia católica, ni siquiera el dios aristotélico, dios lógico por excelencia y tan absurdo, por tanto, como la lógica misma (J. M., II 10). El Dios de Machado es el panteísta de la metafísica de Abel Martín, que se confunde, como recordaremos, con la conciencia integral, o Gran Pleno... Este Dios [es] concebido como una gran conciencia, de la cual la nuestra forma parte”²⁰. Pues bien, si nuestra conciencia forma parte de la conciencia divina, quiere decir que nuestra alma participa de la divinidad—“luz del alma, luz divina” (OPP, pág. 223)—y sólo tenemos que meditar profundamente, o pensar intuitivamente para experimentarla en el propio ser.

3. LAS TRES MÁSCARAS DEL SOLO DIOS VERDADERO

No quiero dejar esta discusión sin examinar rápidamente otro poema que describe la experiencia de Dios, porque es un poema que algunos escritores han citado para probar que Machado no cree en Dios. Me refiero a siguiente poema de *Campos de Castilla*:

El Dios que todos llevamos,
el Dios que todos hacemos,
el Dios que todos buscamos
y que nunca encontraremos.
Tres dioses o tres personas
del solo Dios verdadero. (CXXXVII, vi, OPP, pág. 227)

Es evidente que los críticos que citan estos versos para negar la fe de Machado no han entendido su pensamiento metafísico. Sostener que no cree en Dios porque éste es solamente un producto de nuestro deseo de que exista—“el Dios que todos hacemos”—y porque nunca lo “encontraremos”, no explica lo que significa el poeta cuando habla del “solo Dios verdadero”, ni aclara lo que quiere decir cuando se refiere al “Dios que todos llevamos”. Después de lo dicho en el previo apartado, será evidente que “el Dios que todos llevamos” es otra referencia a la chispa del fuego divino que, según la concepción panteísta, todos llevamos en el corazón. El “Dios que todos hacemos” se refiere a la tarea de perfeccionar el alma, porque perfeccionarse es, en efecto, hacerse Dios²¹. José Machado ha interpretado estas palabras de una manera casi idéntica, al declarar que “el camino para llegar a Dios—ya lo dice el Poeta—es lograr crearlo un uno mismo,

²⁰ Abellán, José Luis: “Antonio Machado, filósofo cristiano”, *La torre*, XII, 45-46, 1964, pág. 234.

²¹ Para indicar qué importa para Machado la idea de perfeccionar el alma, puede citarse la frase siguiente donde habla de las personas que se aíslan del mundo físico: “Abel Martín no cree que el espíritu avance un ápice en el *camino de su perfección* ni que se adentre en lo esencial por apartamiento y eliminación del mundo sensible” (OPP, pág. 321. El énfasis es mío.) El verbo “laborar” que Machado emplea con frecuencia para describir la actividad del alma, sugiere que el alma no es estática, sino que evoluciona hacia un estado de vida cada vez más puro.

ANTONIO MACHADO Y EL “SUEÑO DE DIOS”

despertando al que llevamos ya en el fondo del alma” (José Machado, pág. 46). Finalmente el “Dios que todos buscamos y que nunca encontraremos” expresa la idea de que Dios no puede ser “encontrado”, porque la comprensión de su ser infinito nunca puede caber dentro de los límites de nuestra conciencia finita. El “Dios verdadero” existe para Machado, pero siempre queda detrás del velo de las tres “personas”, o las tres “máscaras” (en el sentido etimológico de la palabra), que solamente nuestra intuición puede penetrar “en sueños”.

4. EL CÍRCULO Y LA CUATERNIDAD

Queda ahora hablar de un último punto, que es la forma del poema LIX. Fernando Lázaro ha sido el primero en anotar su aspecto cíclico: “Choca en el poema su arquitectura. Son tres estrofas rotatorias en torno a un centro, tres ondas concéntricas que giran alrededor de la rotunda afirmación final”²². Rodrigo A. Molina también ha mencionado este punto: “Parece como si el poeta quisiera aprisionar en la última estrofa la idea que ha venido persiguiendo, asediando como en ondas concéntricas, en todas las estrofas: la idea de Dios”²³. De este modo la estructura circular refuerza la idea de llegar al Centro que es Dios.

Pero también hay otra perspectiva desde la que puede ser estudiada la forma del poema, pensando no solamente en el movimiento circular, sino en las cuatro estrofas y en los cuatro versos de la estrofa final donde se describe la experiencia de Dios. Para C. G. Jung, el círculo y el número cuatro—la cuaternidad—son arquetipos que simbolizan el concepto de la totalidad²⁴. Siguiendo la teoría de Jung, pues, la forma refuerza el contenido del poema de varias maneras. Primero, hace hincapié en la sensación de plenitud que siente el alma en el momento de su unión con el Gran Todo que es Dios. El concepto de la totalidad, sugerido por la imagen del círculo, y por el número cuatro, refuerza la concepción panteísta que afirma que Dios es todo lo que existe. Y por último, el movimiento cíclico, causado por la repetición de los mismos versos en cada estrofa, no sólo sugiere la idea del alma que llega a su plenitud, sino que realza la idea del alma que emana de Dios y, entonces, cumple la tarea de purificarse para volver a su origen divino.

Porque ésta es la trayectoria que el poeta traza en las cuatro estrofas del poema LIX. En la primera se describe el olvido que ocurre cuando el alma sale de la pura fuente del ser divino. En la segunda, el alma se purifica por medio de la actividad creadora del sufrimiento. En la tercera, el alma utiliza la pureza alcanzada en la etapa anterior para elevarse a un estado de iluminación espiritual. Luego, en la última estrofa el alma vuelve al punto de partida en el momento de su unión—o reunión—con la Deidad escondida.

²² Lázaro, Fernando: “Glosa a un poema de Antonio Machado”, *Ínsula*, 119, pág. 11,

²³ Molina, *op. cit.*, pág. 33.

²⁴ Jung, C. G.: *Aion*, en *Collected Works of C. G. Jung*, IX, 2, Princeton, 1971, pág. 224.

ARMAND F. BAKER

* * *

Con esto creo haber demostrado que el poema LIX se relaciona estrechamente con el resto de la obra de Machado; repite muchas ideas que hemos visto en otros poemas y contiene un espíritu místico que concuerda perfectamente con la concepción panteísta que es la base de su pensamiento metafísico. Hasta ahora algunos críticos han dudado de la fe religiosa de Machado, en parte, porque no han entendido muy bien su filosofía panteísta y, luego, porque su lógica no les ha permitido ver la importancia de la conciencia intuitiva, o poética, que a Machado le ha ayudado a experimentar la presencia del Espíritu divino.

A los que todavía dudan de la importancia que el pensar intuitivo haya tenido para la fe de Machado, les ofrezco estas palabras de una de sus cartas a Unamuno:

Guerra a la naturaleza, éste es el mandato de Cristo, a la naturaleza en sentido material... y a la naturaleza lógica, que excluye por definición la realidad de las ideas últimas: la inmortalidad, la libertad, Dios, el fondo mismo de nuestras almas.

*Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos*

creo haber dicho en una copla; pero me refería al pensar desustanciado y frío, al pensar que se mueve entre relaciones, entre límites, entre negaciones, al pensar por conceptos vacíos que no puede probar nada de cuanto alienta en nuestro corazón. El corazón y la cabeza no se avienen, pero nosotros hemos de tomar partido. Yo me quedo con el piso de abajo. (OPP, pág. 1026)

Ignoro si estas palabras alentadoras le ayudaron a creer a Unamuno, pero no se puede negar que expresan claramente la actitud religiosa de nuestro poeta y filósofo. Cuando tiene que tomar partido, Machado no vacila en declarar su fe en “las ideas últimas” que encuentra en su propio corazón.

State University of New York at Albany
Albany, New York (USA)

Armand F. Baker

Posted at: <http://www.armandfbaker.com/publications.html>